

## **Mi experiencia como tallerista DEMAC**

Laura Fernández Vázquez

He dado talleres de escritura autobiográfica desde hace quince años, he atendido a mujeres privadas de su libertad, a madres de escasos recursos cuyos hijos tienen parálisis cerebral, a mujeres embarazadas en situación de desamparo, adultas mayores y talleres en los que la convocatoria se hace abierta y se forman grupos con mujeres de diferentes edades, estratos socioeconómicos y preparación académica.

Durante estos años, me he visto siempre en la necesidad de pensar y racionalizar mi experiencia como un ejercicio para poner en perspectiva mi trabajo, frecuentemente evoco a las participantes en los talleres, evoco sus voces y sus palabras y llevo una bitácora de nuestras actividades, sin embargo, ahora que tengo que escribir algo no sé qué decir.

Tal vez deba empezar diciendo que las asistentes a los Talleres para Mujeres que se Atreven a Escribir su Historia, son reflejo de la soledad y la desesperación, pero también de grandes logros y conquistas. O tal vez podría hablar de los rostros que llegan difusos por el miedo y que se van aclarando al abrir su horizonte. De las voces apagadas que se convierten en gritos, en ecos, en consignas. En cada sesión ellas se miran de otro modo, al activar su memoria y honrar a sus ancestas, se honran a ellas mismas.

“Yo no sé escribir” es una de las primeras frases que escucho más a menudo y a partir de esta creencia que tienen de ellas mismas, me propongo demostrarles

lo contrario a partir de sentarme y escuchar, aprendí a compartirme sin ser la protagonista, aprendí a abrir mi subjetividad para que ellas abran la suya y de esta forma se den cuenta que no sólo saben escribir, también tienen muchas historias que necesitan salir.

He entendido que cada mujer lleva un proceso en el que no hay evolución sin voluntad. Sé que no siempre quieren compartir lo que les duele y eso lo respeto, pero también están las que llegan con la urgencia de decir que han sido maltratadas, golpeadas, abusadas y lo repiten una y otra vez hasta que deja de doler.

Sé de una niña de doce años que llegó al taller con seis meses de embarazo, después de haber sido abusada en su propia casa. Que ocultó su condición por miedo y que tras llorar empezó a escribir, a entender que lo que pasó no fue su culpa, a sonreír y a verse a ella misma en el futuro, tal vez no como le dijeron que sería, pero sí con la certeza de que hay vida después de la violencia.

Sé de otra mujer que golpeaba a sus compañeras en la cárcel, y que luego la escuché decir: “cambié los puños por la pluma, dejé de lastimar a las compañeras y me puse a escribir”. Pero yo no soy correctora de estilo ni de vidas, escucho y soy testigo. Entendí que no buscamos resultados en libretas terminadas, en tinta láser u hojas bond. No hay resultados en la calidad de su retórica o la elocuencia de su lenguaje. La perseverancia y el coraje de seguir son los únicos caminos para llegar a un puerto seguro. A escribir se aprende escribiendo.

He estado presente en momentos de catarsis, incluso a nivel fisiológico, mujeres que llegan a sesión diciendo que tuvieron fiebre, diarrea o dolor de cabeza

mientras escribían, y luego al compartir lloran, tiemblan, se paralizan, sé lo que es leer y exponerse, no hay falla en eso, no hay error. Pero luego de un tiempo saben que son más fuertes, no sólo porque tienen la escritura, se tienen a sí mismas, se tienen una a la otra. Se han hecho comunidad, se han hermanado y al cabo de los meses pueden darse entre ellas palabras de apoyo, gratitud, admiración y respeto.

También he aprendido a soltar, a amar a cada una con sus secretos y culpas para luego decir adiós. Porque nuestros encuentros son fugaces, nuestras comunidades efímeras.

Sé de una mujer que después de un accidente cerebro vascular aprendió a escribir de nuevo, a usar una computadora, tuvo la valentía de tomar decisiones que la encaminaron a una vida más autónoma y a ser solidaria con cada una de sus compañeras.

Y sé de otra, del primer taller que di en la cárcel, que una vez fuera estudió una licenciatura, una maestría, publicó dos de sus escritos y ahora abre su casa para que las mujeres puedan también escribir como ella.

Y sí, dentro de la cárcel se puede ser libre. Aún en el peor de los desamparados como es un embarazo no planeado en condiciones de extrema pobreza, se puede proyectar un futuro. Aún en la vejez se puede reaprender, reconfigurarse y dejar de ser violentadas.

A veces me atrevo a dar un consejo, que se reduce a algo que me digo a mí misma todos los días, el miedo no se quita, el dolor no se cura, caminamos sobre brasas calientes, atravesamos nuestras tinieblas, le cortamos la cabeza a nuestros

monstruos y eso duele y da miedo, pero aún así lo hacemos, porque en el andar hay esperanza y en la inmovilidad hay abatimiento. Escribir es transitar, es moverse de las peores condiciones de nuestra existencia, con miedo, con dolor, hacia un lugar en el que somos más fuertes, pero no hay certeza, no hay promesa que cumplir, sólo hay que tomar el riesgo e ir hacia nosotras mismas.

Celebro la decisión de cada mujer que se atreve a contar su historia, porque esto no funciona si no es con la voluntad, incluso si en algunos espacios donde he llegado a dar talleres llegan a fuerza, la elección de tomar la escritura y apropiarse de ella es un acto personal al que no se puede obligar a nadie.

Todas tenemos derecho a contar nuestra propia historia, que nadie nos diga lo que hicimos o cómo fue. Hay talleres, sobre todo con mujeres privadas de su libertad o en instituciones donde las mujeres viven juntas o comparten otros espacios además del taller, en los que siento que llego en medio de la tempestad, donde lo primero que hago es calmar las aguas, las furias, las confusiones o los conflictos entre ellas, si bien no es mi función, tampoco se puede trabajar en el conflicto y dedico tiempo a eso, a confrontarlas, ponerlas en el sitio que les corresponde pues más allá de lo que pase fuera del taller, al llegar a nuestra sesión debemos trabajar con respeto y armonía, no pueden utilizar lo que se comparte para vulnerarse en otros contextos.

Por último he aprendido a acompañar para luego soltar, me quedo con su fuerza, y lo mismo que recibo como carga emocional lo libero como inspiración, gratitud y energía vital. Hago mi trabajo con mucha convicción y cada terreno conquistado por ellas, es también un paso hacia mi propia liberación.

¿Transferencia? Sí ¿Empatía? También. Sororidad. Siempre en la claridad de que nada de esto me pertenece.